



## REVISTA SEMANAL

*Entered as second class matter at the Post-Office at Manila*

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

ADMINISTRADOR:—Vicente Agau

TEL. 572

P. O. BOX 1646

Vol. III.

Manila, 22 de Marzo de 1924.

Num. 64

# El Dogma de la Encarnación



EL adorable y augusto Misterio de la Encarnación, que la Iglesia celebra el veinticinco de Marzo, podemos decir que es el Dogma capital entre los Dogmas del Cristianismo; punto céntrico de la verdadera Religión; divina síntesis que jamás llegaremos a comprender; abismo insondable de sabiduría, de poder, de vida y de amor. Es foco de luz, y manantial perenne de grandezas sobrehumanas que cautivan por su incomparable belleza; la obra más admirable concebida por Dios en la eternidad y realizada en el tiempo, la obra por excelencia de Dios, magnífica ostentación de su Sabiduría, de su Omnipotencia y de su Amor.

En ese divino Misterio, Dios desciende hasta el hombre; se llega, se comunica, se asocia a él; y en las efusiones de su bondad infinita, une la naturaleza humana a la naturaleza divina en la Persona del Verbo, con una unión estrechísima, indisoluble, sustancial, que la Iglesia Católica llama hipostática o personal.

De ahí que el profundísimo y adorable Misterio de la Encarnación puede definirse diciendo, que es la unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la Persona del Verbo de Dios.

Toda la doctrina católica respecto de ese consolador Misterio, se compendia en este sencillo acto de fe: Creo que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre; que hay en El dos naturalezas, una divina y otra humana; y una sola Persona divina que es la del Verbo, Hijo de Dios, segunda Persona de la Beatísima Trinidad.

Dualidad de naturalezas, y unidad de Persona en Jesucristo: he ahí el Misterio, obra maestra del amor de Dios al hombre. No se concibe una elevación mayor de la naturaleza humana. Es el grado supremo de la comunicación de Dios a la criatura.

Examinemos, guiados por la luz de la revelación, esas consoladoras verdades, y veremos multiplicarse las maravillas en favor de la humanidad, que aun después del pecado de origen sigue siendo objeto predilecto de amor divino.

El cielo y la tierra puede decirse que

han estado siempre unidos. Las relaciones entre Dios y el hombre no se reducen sólo a las establecidas por el hecho de la creación fundamento del orden natural. Ese orden es ciertamente inequívoca prueba del amor de Dios a sus criaturas, y manifestación de los atributos divinos. El hombre por la creación, recibe la imagen y semejanza de Dios por Quien fué creado; pero ni al hombre ni a los demás seres se añade, por el sólo hecho de la creación, perfección alguna de un orden superior, y genéricamente diverso del natural.

La Bondad divina no estaba satisfecha, y prodigando los tesoros de su amor, se comunica al hombre por una comunicación sobrenatural, elevándolo por la gracia santificante a la participación de la naturaleza divina. Las perfecciones de ese orden son propias y exclusivas de Dios, y no pueden ser naturales al hombre; pues éste solo podrá exigir las que se deben a su naturaleza y constitución.

La fe nos enseña que Dios, libre y gratuitamente, elevó y constituyó desde el principio al primer hombre en el orden sobrenatural, comunicándole, además de la vida de la naturaleza, la vida de la gracia, con todos los privilegios que el amor divino añadió; es decir, la santidad y justicia original, mas las virtudes infusas y dones preclarísimos, indebidos a la naturaleza humana. Adán estaba exento del dolor y del sufrimiento, y adornado con el don de la inmortalidad; lo cual se ha de entender no en el sentido de que nuestros primeros padres fuesen *por naturaleza* inmortales, sino en el sentido de que Dios les concedió *por privilegio* ese don, por el cual, Adán, después de una vida feliz sobre la tierra, iría a gozar de la bienaventuranza eterna en el cielo, sin pasar por el trance de la muerte.

En ese estado sobrenatural tan santo como feliz fué constituido gratuitamente por Dios el primer hombre, con la ventaja de poder transmitir a sus descendientes tan ricos dones. Todo pendía de una sola condición: de la obediencia y fidelidad de Adán a la voluntad divina.

Dios le impuso el precepto de abstenerse de comer la fruta de un solo árbol del paraíso terrenal, dejándole en completa libertad para gustar las de todos los demás; y le amenazó con quedar privado él y sus descendientes de los dones sobrenaturales, y sujetos a los dolores y a la muerte, si quebrantaba el mandato divino. El pecado, pues, sólo el pecado era capaz de destruir tan feliz y glorioso estado.

Ya sabemos lo que desgraciadamente

sucedió. Adán desobedeció a su generosísimo Bienhechor, que tanto le había amado y favorecido; se rebeló contra El cayendo en la incomprensible desgracia del pecado. Terrible caída que tuvo como funestas consecuencias la pérdida de los dones sobrenaturales; pérdida de la gracia santificante, de la amistad y filiación divina, y del derecho al reino de los cielos. Por ese pecado Adán se convirtió en enemigo de Dios, y víctima de su justicia, quedando sujeto a los dolores y a la muerte. ¡Cúmulo de miserias que como triste herencia legó a su desgraciada posteridad; pues una vez perdido el tesoro de la santidad y justicia original, no podía transmitirlo a sus hijos!

De ahí el pecado original con que todos nacemos. No nos faltará ocasión de hablar de ese dogma; tan combatido por la incredulidad, y que tan relacionado está con el Misterio de la Encarnación, objeto de este artículo.

Alejado el hombre de Dios por el pecado, se alejó de su fin y quedó físicamente imposibilitado para reintegrarse al orden sobrenatural, del que había caído por su culpa. Muerto a la gracia, nada podía hacer para recobrar esa vida divina. Su causa estaba perdida; el daño era irreparable, pues el hombre no podía por sus fuerzas desagraviar a la Majestad infinita de todo un Dios ofendido por el pecado. La criatura, pobre, finita, limitada, no tiene virtud suficiente para satisfacer una deuda infinita.

Pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia. Dios obró como quien es: como bondadoso y amantísimo Padre. No permitió que el hombre, obra de sus manos, quedase irremisiblemente perdido; y haciendo magnífica y soberana manifestación de su Omnipotencia y de todas las riquezas de su Amor, realiza el augusto y adorable Misterio de la Encarnación.

Al llegar la hora prefijada en los decretos de su eternidad, Gabriel, el ángel mensajero del cielo, es enviado por Dios a María, purísima Virgen de Nazaret. Después de saludarla con esa admirable salutación que todos los días repiten millones de católicos, le notifica el mensaje divino, manifestándole ser Ella la elegida por el Eterno para Madre del Mesías esperado. del Hombre-Dios que salvará al mundo de la esclavitud del pecado.

María, asegurada por el Angel de que el lirio de su virginal pureza no padecería menoscabo, pues había de concebir por obra del Espíritu Santo, sin intervención ni concurso de varón, prestó, humilde y modesta,

su consentimiento para ser Madre del Salvador del mundo.

¿Qué sucedió entonces? Los ángeles y los hombres bendecirán por toda la eternidad el gran acontecimiento.

En aquel momento, el más solemne de los siglos, el Espíritu Santo, por un acto de su divina Omnipotencia, formó en el seno purísimo de María el cuerpo de Jesucristo de la sustancia de esa Virgen mil veces bendita; creó de la nada un alma, uniéndola al cuerpo; y en ese mismo instante, simultáneamente, el Verbo divino, Hijo de Dios, segunda Persona de la santísima Trinidad, se unió a ese cuerpo y alma hipostáticamente, en unidad de persona, con lazo estrechísimo, con unión indisoluble y eterna.

El Misterio de la Encarnación estaba realizado. Dios se había hecho hombre y habitaba entre nosotros. La tierra se estremeció de alegría: los ángeles adoraron al Rey inmortal de la creación hecho hombre por amor al hombre, y desde el trono de su eternidad, el Dios tres veces Santo dirigió al mundo una mirada de misericordia, de perdón y de amor.

Ya no son dones creados, naturales o sobrenaturales, los que Dios comunica al hombre en este augusto Misterio, como se los había comunicado en el orden natural por la creación, y en el sobrenatural con la gracia santificante; es Dios mismo quien se nos dá en suprema y divina comunicación, uniéndose en persona a nuestra naturaleza.

Jesucristo así engendrado es verdadero Dios y verdadero Hombre; posee un cuerpo de materia idéntica específicamente a la del nuestro, y un alma racional perfectísima, con sus potencias y sentidos. Es en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado.

Dos son, pues, las naturalezas que hay en Jesucristo, una divina y otra humana; las

dos íntegras, perfectas, completas, cada una en su esencia y con sus propias operaciones, sin confundirse, sin mezclarse, sin absorberse la una en la otra. Lo que no existe en esta admirable y estrechísima unión es la personalidad humana. En Jesucristo no hay más que una sola persona divina. Esa única Persona del Verbo, eterna, inmutable, divina, suple las veces de la persona humana, obrando todo cuanto ésta hubiera podido obrar.

Y como los actos y operaciones son propios de la persona, y a ella se atribuyen, y de ella reciben su valor; siendo divina e infinita la Persona de Jesucristo, sus actos serán también de un valor infinito. De donde se sigue que los padecimientos, las lágrimas, los dolores, la pasión y muerte que voluntariamente sufrió por nosotros, fueron de infinito valor. Así dejó pagada superabundantemente la deuda contraída por el pecado de Adán y de todos los hombres, satisfaciendo condigna e infinitamente por nosotros a la justicia divina, y mereciéndonos todas las gracias que recibimos en el tiempo, y la gloria de la eternidad.

He ahí el Misterio adorable de la Encarnación tan fecundo en beneficios para la humanidad pecadora.

En Jesucristo ha sido elevada y glorificada la *naturaleza* humana cuanto podía serlo, hasta la unión personal con la divina.

En María Santísima ha sido elevada y glorificada la *persona* humana cuanto podía serlo, porque María es Madre de Dios y no puede darse en Ella mayor exaltación.

Bendigamos y adoremos al Hombre-Dios, y glorifiquemos a María Madre del Hombre-Dios.

¡Creamos, amemos y adoremos!

JUSTINO.

